

Desde aquella tarde los demonios no la volvieron a perturbar. Continuó viéndolos en varias ocasiones pero no volvieron a atacarla, ni a ella ni a su hermano. Cada vez que se encontraba con uno, apenas lo veía o lo sentía, lo enfrentaba y de inmediato huía.

Así "entre demonios" ha transcurrido su vida, preparándose para liberar personas de la mano del Pastor, quien más adelante le confesó que él, al igual que ella, era enviado de Cristo.

"Ese día comprendí la unión especial entre nosotros':

De lo que nunca ha podido darse cuenta hasta entonces es de la verdad que esconde su hermano.

"Nunca me podré dar cuenta si mi hermano, al igual que yo, ha sido capaz de ver los demonios, pero ahora, por fin estoy lista para enfrentarlos':

Junio de 2006

El navegante ilegal

Juan Bernardo Lince'

Paché nació en el puerto de Buenaventura, en el seno de una familia numerosa y muy pobre. Es el mayor de cinco hermanos: tres hombres y dos mujeres. Hijo de un lanchero que se dedicaba, junto con otro amigo, a ofrecer viajes a las playas vecinas. Hijo, también, de la "mejor mujer que he conocido, junto a mi esposa': un ama de casa incansable, siempre pendiente del bienestar de sus hijos y de su marido. Su infancia la pasó al lado de sus padres, quienes les brindaron a todos los hijos mucho cariño y afecto. El único abuso que vivió en su infancia fue el de la pobreza. Pobreza que lo atormentaba todos los días. La situación era muy dura porque su papá se iba por largos periodos para ganarse el pan de la familia. Había veces en que su papá llegaba justo cuando ya no quedaba nada que comer en la casa, y había veces en que no llegaba. Paché obtuvo su grado académico en un colegio oficial en el puerto de Buenaventura. Cuando se graduó, en lo único que pensó fue en alejarse de su familia para valerse por sí solo y, también, para aliviarles un poco la carga económica. Fue cuando se alistó en la Armada Nacional de Colombia.

Paché recuerda el trabajo en un barco como algo "bravo, pues uno se tiene que aguantar mucha mierda de los superiores. Primero lavé pisos, baños, cocinas; luego cociné para cincuenta marinos. Después tuve la oportunidad de patrullar el barco por las noches y desde ahí fui ascendiendo, hasta convertirme en primer mando de un barco de la Naval Colombiana. Ahí ya tuve mi desquite".

Recuerda que al mismo tiempo que obtuvo su título de primer mando, recibió la primera propuesta para hacer un trabajo ilícito.

"Eso me caían propuestas de todo tipo, desde contrabandear whisky, hasta personas. Al principio no quise meterme en negocios raros

¹ Cali, 1984. Estudiante de Administración de Empresas, Universidad icesi, Cali.

porque estaba muy contento con el título que me habían dado y no quería embarrarla. Pero el sueldo de un primer mando en la naval era muy bajito, y me alcanzaba para lo necesario. En cambio las propuestas que me hacían eran de muchísima plata. Y mi honradez tuvo su límite. Además, todos mis compañeros que tenían la oportunidad de hacer sus vueltas raras las hacían sin remordimiento. Y yo los veía recibir montones de plata sin hacer mucho esfuerzo. Por otro lado yo estaba pasando necesidades por culpa de mi honradez. Por eso digo que llegó la ambición y la mandó a dormir':

Entonces se dedicó a contrabandear todo lo que diera buena plata y empezó a deleitarse con la vida que nunca había tenido: mujeres en cada puerto, tragos caros, buena ropa, comida.

Al año de gozar de todas estas delicias, conoció a su esposa. "Fue en Honduras, en el correo postal. Una mujer muy bonita, trigueña, de ojos grandes, pelo negro y crespo. Me acuerdo mucho de su timidez. Yo la abordé de una y la invité a tomarnos algo por la noche. Ella me dijo que no, que yo era marinero y que no salía con marineros porque eran mujeriegos y tomatrigo. Y estaba en lo cierto: una mujer nunca debería salir con un marinero. Pero el hecho era que a mí ninguna hembra me decía que no. Entonces, volví al correo a las seis de la tarde vestido con mi uniforme de marinero. Cuando salió y me vio, la vi reír por primera vez. La acompañé hasta su casa y me le presenté a su familia. Tres años después nos casamos. Por supuesto me tuvo los tres años en pleno verano porque quiso llegar virgen al matrimonio".

Después de casarse se fueron a vivir a Estados Unidos, "a Plains, Georgia, donde vivía Jimmy Carter, el ex presidente de Estados Unidos", dice Paché orgulloso, en un inglés fluido y bien hablado. Al poco tiempo su esposa quedó embarazada de su primer hijo, una niña que llamaron Patricia. Las cosas marchaban bien, el negocio del contrabando seguía dejando buenas regalías y los lujos aumentaban cada día, y siguieron aumentando cuando dos años después del matrimonio, el pequeño Paché hizo su primer negocio con cocaína con unos barranquilleros. Para esa época trabajaba para una comercializadora naval. El negocio consistía en recoger la coca en Perú y llevarla hasta New York, donde entregaba la mercancía a unos señores de Italia. Paché hizo el trabajo al pie de la letra, se reunió con los italianos y

les vendió la coca. Luego regresó a Colombia para devolverles a los barranquilleros su parte de la venta.

"Con la coca pude hacer realidad hasta mis sueños más remotos. Uno de los que más me acuerdo fue cuando compré un carro Camaro Pinto, de cuarenta y cinco mil dólares, al poco tiempo de haber llegado a Georgia. Era el carro de mis sueños, uno de los carros más lujosos de la época. Me monté en él y lo manejé hasta mi casa: me sentía alegre, elegante. Claro que me sentí mejor cuando llegué a la casa y lo parqueé al lado de mi otro carro, un BMW último modelo que había comprado seis meses atrás.

"El BMW se lo regalé a mi mujer. También me acuerdo de una vez que fui a comer al restaurante Astoria, en New York: me comí un plato de cincuenta dólares que pasé con una botella de la mejor champaña. Otro recuerdo que me da mucha nostalgia fue cuando me le volé a mi esposa con una amiga austrahana, y nos fuimos de fin de semana a Mónaco. Nos hospedamos en el hotel Montecarlo y paseamos en yate por el mar Mediterráneo. Por todo esto quedé maravillado con el negocio de la coca, era un negocio muy elegante. En esa época se manejaba un precio parecido al que se maneja en estos días: el kilo de coca se vendía a veinticinco mil dólares y producirlo no costaba ni cinco mil.

"Además, no era tan complicado traficar con droga, como lo es hoy en día".

El negocio con los barranquilleros siguió por dos años más, hasta que se le dañó una coca que tenía camuflada en los conductos de ventilación. En esa época los narcotraficantes no contaban con la tecnología de hoy en día, y la droga que se les mojaba se dañaba, y por lo tanto se perdía. "Menos mal no era mucha porque los muy perros me la cobraron, después de que los había tapado en plata esos dos años. Ahí fue cuando decidí buscar la forma de empezar a trabajar por mi cuenta. Comprar mi coca y venderla. El negocio era más arriesgado pero también las ganancias eran mucho mayores".

Fue así como Paché llegó a Perú en 1979 y cerró por su propia cuenta su primera compra de cocaína. Un peruano le fió los primeros diez kilos. Y siguió traqueteando por su cuenta tres años, hasta que en 1982 sucedió lo inesperado.

La noche del 3 de septiembre Paché desembarcó en el puerto de la ciudad de New York. Además de algunos productos traídos de Co-

lombia, como frutas y artesanías, habían desembarcado con 650 kilos de cocaína, escondidos en diferentes partes del barco. 70 kilos eran de Paché. La función de los primeros mandos de un barco es velar por la seguridad del mismo y Paché, como uno de los tres primeros mandos del barco, estaba a cargo de la seguridad de los tanques de gasolina. Por eso decidió camuflar su droga dentro de los tanques. La droga se la seguía vendiendo a los mismos señores italianos. Esa noche Paché descendió por un costado del barco sin ser detectado y montó en una pequeña embarcación la valiosa mercancía de 70 kilos. La arrastró hasta la orilla de un río y, desde ahí, recorrió otros siete kilómetros hasta encontrarse con una camioneta 4x4. La camioneta lo condujo al lugar de encuentro con los italianos. Siempre cerraba sus negocios en lugares públicos porque así se sentía más seguro. La venta se concretó por 1'750.000 dólares. Paché hizo el mismo recorrido de vuelta, pero esta vez con un pesado maletín cargado de ilusiones.

Paché llegó de vuelta al puerto donde estaba anclado el barco con la felicidad de haber hecho, hasta ese momento, su mejor venta de cocaína. Allí se reunió con dos surcoreanos y les entregó 30.000 dólares. Ellos llevaban un año con él, realizando toda clase de trabajos arriesgados y peligrosos. La enorme remuneración fue en muestra de agradecimiento por el buen trabajo que le prestaron, y también como despedida, pues no pretendía volver a necesitarlos. Paché los conoció en el puerto de Seúl, la capital de Corea del Sur.

"Apenas supieron que yo era el primer mando del barco que iba a salir de ese puerto y que, además, era colombiano me cayeron de una. En un inglés macheteado me pidieron que los ayudara a salir de Corea, que los llevara a Estados Unidos y que allá me pagarían. Me los traje por hacerles el favor y cuando llegamos, lloraban y me abrazaban de la felicidad, jurándome lealtad y mucho trabajo. Y así fue, me camellaron como nadie lo ha hecho y también se arriesgaron mucho por mí".

Después de pagarle a los coreanos, Paché se fue a su dormitorio a descansar. Esa noche no pudo dormir porque estuvo pensando la forma de invertir acertadamente los dólares y así poder retirarse del negocio. Ya tenía algo en mente: su suegro le había propuesto un negocio en el Urabá antioqueño para cultivar banano.

Al día siguiente empezaba su turno de trabajo en el barco a las cuatro de la tarde. Se levantó para ir al banco a consignarle la plata del negocio a su suegro. Llegó a las nueve de la mañana con 1'450.000 dólares en efectivo. Le consignó 250.000 y, luego, cambió 400.000 por un bono de seguridad. El resto del dinero lo conservó en efectivo. Después fue al barco y entró a su dormitorio. Allí guardó el recibo de consignación y el bono de seguridad en el cajón de su mesa de noche. El efectivo lo escondió en los conductos de ventilación. Todo lo hizo muy rápido y con descuido. Luego, lleno de ansiedad, se fue para una discoteca donde empezaría su celebración.

Llegó a Underground a las 11:30 de la mañana. Esta era una discoteca que quedaba muy cerca del puerto, y era el lugar donde acostumbraban a ir los marineros y los altos mandos del barco en sus ratos libres. Le dio cien dólares al mesero para que lo acomodara en una de las mejores mesas de la discoteca y, enseguida, pidió una botella del whisky más fino del lugar.

"Definitivamente mi trago preferido es el whisky. Ese día cada trago que tomaba me sabía literalmente a gloria. Sentía que había triunfado, había alcanzado más de lo que jamás había soñado. Era un hombre rico, con una esposa espectacular, una tierra en el Urabá y otras inversiones que había hecho en Estados Unidos. Además, sentía el descanso de poder disfrutar por fin de mi riqueza con tranquilidad. No más trabajos sucios".

A las tres de la tarde decidió emprender camino de vuelta al barco. Iba con el propósito de convencer a su compañero de turno que lo reemplazara en el turno de las cuatro, para él poder devolverse a la discoteca y continuar con la celebración.

"Subí hasta donde mi compañero y le dije que necesitaba un favor, que me relevara para irme para la disco porque me estaban esperando con una botellita de Whisky".

El compañero no respondió absolutamente nada: estaba con la mirada perdida. En ese momento Paché vio salir del barco a un sujeto que no conocía.

"Vi salir del barco a un tipo raro, con cara de gringo, un tipo que no hacía parte de la tripulación. Cuando este hombre se dio vuelta entendí lo que pasaba: vi las letras del FBI estampadas en su chaqueta. El mundo se me vino abajo porque sabía con seguridad que habían encontrado el billete. Y eso sólo fue el comienzo del fin".

Después de esta primera sorpresa, Paché empezó a ver con asombro a cantidad de federales que salían de todas partes del barco.

"Ellos también estaban asombrados por la cantidad de droga que habían encontrado: más de trescientos kilos de cocaína, uno de los mayores decomisos en la historia de la justicia norteamericana. No se dieron cuenta, los muy guevones, que se les había quedado la otra mitad del cargamento dentro del barco':

En el momento en que se encontraba analizando la situación escuchó un grito desde el segundo piso del barco que lo dejó congelado: "¡Hey, Paché, que subas de inmediato a la oficina del capitán!':

Cuando entró a la oficina, Paché vio encima de una mesa el recibo de consignación y el bono de seguridad, ambos a nombre suyo. Debajo de estos dos documentos estaban amontonados los dólares. "Señor Francisco González, yo soy Carlos Vega, detective del FBI. Sabemos que esta plata es tuya, al igual que los kilos de cocaína que estaban escondidos en los tanques de gasolina': Paché quedó sorprendido. Ahí supo que su problema era mucho mayor de lo que creía. No sólo tenía encima el problema de la plata, sino que tenía que responder por una droga que ni siquiera era suya. Entonces, guardó la compostura lo que más pudo y respondió a las acusaciones del detective: "Señor Vega", dijo, "la plata sí es mía y corresponde a los ahorros de toda mi vida. Los traje escondidos para que no me los robaran los compañeros. Usted sabe que la vida en un barco es muy complicada. Pero algo sí le aseguro, la droga no es mía: fui traicionado por mis subalternos que la escondieron en los tanques aprovechándose de mi descuido". El detective, sin mirarlo, le dijo a otro hombre: "Oficial, proceda a esposar al señor González, no sin antes leerle sus derechos".

Paché sintió las esposas apretar sus manos y se derrumbó.

"Lo primero que se me vino a la mente fueron mi madre y mi esposa, las mujeres de mi vida. Pensé en el dolor que les iba a causar saber la noticia de mi arresto. Más que nada porque nunca les fui sincero sobre la procedencia de toda la plata que gastábamos, pues ellas eran honradas y odiaban a los criminales y la ilegalidad':

Paché estuvo veinte días en el Precinto, mientras el fiscal preparaba la presentación de las pruebas en su contra, aunque contó con la fortuna que los italianos, por miedo a que los fuera a delatar, le asignaron un excelente abogado. Fueron quince días de juicio, donde el fiscal luchó por lograr una condena de veinticinco años de cárcel

por los delitos de evasión de impuestos y conspiración. Finalmente, gracias al buen trabajo de su abogado, fue condenado a ocho años de cárcel.

"Casi me voy para el suelo cuando escuché la condena. La verdad yo era muy ignorante y nunca entendí el problema tan serio, en el que estaba metido, hasta ese día que escuché, mi sentencia. Miré a mi mujer y me dio un ataque de llanto. Me sentía vacío, como si a partir de ese momento no valiera nada".

Paché fue remitido a la cárcel Ricket Island, de New York.

"La vida en la cárcel era el mismísimo infierno, y uno se da cuenta desde el primer momento que pisa el lugar. Yo ya sabía por conocidos que en la cárcel la primera impresión le puede a uno salvar la vida. Apenas empecé a caminar por el corredor de las celdas escuché todo tipo de insultos y ofensas. Me decían: 'negrita preciosa, nos vemos en las duchas, mariquita, ya verás en la que te metiste' y cosas por el estilo. Por eso me acordé del consejo que me habían dado: busqué al malparido más grande que me estuviera gritando maricadas y me le fui encima. Lo cogí por los hombros, de sorpresa, y le estrellé la cara contra los barrotes cuantas veces pude. Y mientras lo hacía le gritaba: 'yo soy colombiano, hijueputa, a mí no me vengás con maricadas porque te mato, hijueputa, te mato.' Así es la vida en la cárcel, dura desde el principio; uno se juega el pellejo y la vida en todo momento, todos los días. Luego de la pela que le pegué al malparido ese, me mandaron para el agujero por quince días. Eso es un cuarto de unos cuatro metros cuadrados. Me daban comida y no vi la luz del día en todo ese tiempo. Cuando salí me dio muy duro. Me sentía muy mal, todos los días lloraba a escondidas, extrañaba mucho a mi familia, me quería morir. Al mes de vivir ese infierno me uní a un parche de latinos. Éramos ocho: un hondureño, un nicaragüense, dos ecuatorianos y cuatro colombianos. Me uní al grupo porque andar solo en la cárcel es suicidarse. Pero igual, los primeros seis meses estuve muy callado, muy triste y eso me costó caro. Una vez estaba sentado solo en una banca del patio, en el momento de descanso. Saqué una foto de mi hija y empecé a recordar mi vida hasta que se me aguaron los ojos y, en esas, se me acercaron dos hijueputas. Se empezaron a burlar, a decirme que por qué estaba llorando la negrita, que era un maricón, que me iban a matar por ser tan lloron, y cuando se me

vinieron encima, saqué un chuzo que había hecho un amigo en la carpintería. Ese chuzo de madera me salvó la vida: se lo clavé, a uno de los hijueputas, en el cuello, y al otro en el pecho. Esos manes eran grandes y duros, pero yo los mandé a la enfermería a los dos. Eso me dio una buena reputación, lo cual en la cárcel significa un poco de tranquilidad. Después de ese incidente me mandaron otra vez para el hueco, esta vez por un mes. Cuando salí empecé a hablar con un mejicano, al que le decíamos el doctor Corona.

"Él estaba pagando cadena perpetua por haber violado y matado cuatro peladitos. Habían encontrado los restos en uno de sus ranchos en Méjico. Ese era un loco hijueputa, un hombre rico, un psicópata y por eso iba a morir en la cárcel. El doctor Corona me aconsejó que me pusiera a trabajar en los talleres que la cárcel ofrecía, que así podía aislarme de todo y hasta de pronto reducir mi condena por buena conducta. Además, pagaban por hacer ese trabajo. Le hice caso al loco ese y me inscribí en el taller de limpieza de carros, y ahí fue donde aprendí a hacer de lo que vivo hoy en día. Gracias a este taller las cosas en la cárcel las empecé a ver con más calma. La verdad fue que ese trabajo se convirtió en una motivación, lo cual era muy importante porque sentía ganas de levantarme todos los días para aprender nuevas cosas. Gracias a esto los días se me empezaron a pasar más rápido. Claro que a los seis años de condena recibí una noticia que me dio demasiado duro: mi mamá había muerto. Este fue un golpe durísimo porque no pude evitar sentirme culpable de su muerte.

"En esos momentos mi esposa fue una salvación, porque me ayudó a superarme y me llenaba de esperanzas y fuerzas para salir adelante.

"Cuando me dijo que estaba embarazada, fruto de una visita conyugal, y me di cuenta de que era un niño me emocioné todavía más, y me fortalecí ilusionado en conocer a mi muchacho. El día de la liberación salí de la cárcel con 20.000 dólares que había alcanzado a ahorrar de mi trabajo en el taller. Mi esposa fue la única en recibirme a la salida:

Paché recuerda que se sintió muy desubicado al salir de la cárcel. En esos momentos tenía 43 años. Vivió un año más en Estados Unidos, luego se fue para Honduras, donde vivió con la familia de su esposa por tres meses y, finalmente, regresó a Colombia.

"La llegada fue muy dura. Me fui con mi mujer y mis dos hijos a la casa de mi familia, donde me llevé una sorpresa muy grande porque en vez de recibirme con cariño y afecto, lo único que me dieron fue desprecio: todos mis hermanos me culparon de la muerte de mi mamá y cada día hacían lo posible por hacerme sentir culpable. Por eso, al poco tiempo, me vine a probar suerte a Cali, y por cosas de la vida conocí a don Meter, el dueño de las oficinas donde trabajo. Él me ha ayudado mucho, me colabora con trabajitos y vueltas".

Paché vive con su esposa y su hija menor en una pieza en el oriente de Cali. Los otros dos hijos viven en Estados Unidos. Está haciendo lo posible por arreglar su situación legal en ese país para poder irse a vivir con ellos. Los recuerdos de su riqueza lo atormentan, y se frustra cuando piensa que está lavando carros ajenos en vez de estar lavando su Camaro Pinto, o su BMW. Se enfurece cuando no tiene con qué pagar los servicios y cuando no tiene cómo comprarle ropa a su esposa. Pero, por otro lado, todos esos recuerdos le arrebatan una sonrisa y ponen a brillar sus ojos. "Mi vida ha estado marcada por muchas experiencias, buenas y malas. Pero son las buenas las que aún conservo, y de las que me valgo para ser un hombre feliz a pesar de los problemas. Al fin y al cabo me acuerdo que recorrí el mundo entero, tuve mujeres en todos los países que visité, gasté mucho dinero, viví una buena época, mejor dicho, como me gusta decir: ¡bien chévere!":

Noviembre de 2006